

# EUCARISTÍA Y MUNDO ACTUAL

## Capítulo I

### HAMBRE DEL PAN DE DIOS

«*El pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo*». *Entonces le dijeron: "Señor, danos siempre de ese pan"» (Jn 6, 33-34)*

#### **Pan para el hombre en el mundo**

3. En respuesta al pedido de un signo para poder creer, Jesucristo se propone Él mismo a la multitud, como Pan verdadero que sacia al hombre (cf. *Jn 6,35*), el Pan que desciende del cielo para dar vida al mundo. También el mundo actual tiene necesidad de ese Pan para tener la vida. En la conversación con Jesús, que se presentaba a sí mismo como el Pan para la vida del mundo, la gente espontáneamente le pidió: «Señor danos siempre de ese pan». Se trata de una súplica significativa, expresión del deseo profundo grabado en el corazón no solo de los fieles sino también de todo hombre que anhela la felicidad simbolizada en el Pan de la vida eterna. También el mundo en este año del Señor 2005, no obstante las dificultades y contradicciones de diversa índole, aspira a la felicidad y desea el Pan de la vida, del alma y del cuerpo. Para dar una respuesta a este anhelo humano el Papa ha realizado un conmovedor llamado a toda la Iglesia para que el Año de la Eucaristía sea también ocasión de empeño, serio y profundo, en la lucha contra el drama del hambre, del flagelo de las enfermedades, de la soledad de los ancianos, de las desventuras de los desocupados y de las travesías de los inmigrantes. Los frutos de este empeño serán una prueba de la autenticidad de las celebraciones eucarísticas.<sup>[2]</sup>

No solo el hombre sino también la entera creación espera los nuevos cielos y la nueva tierra (cf. *2 P 3,13*) y la recapitulación de todas las cosas, también las de la tierra, en Cristo (cf. *Ef 1,10*). Por ello, la Eucaristía, siendo la cumbre a la cual tiende toda la creación, es también la respuesta a la preocupación del mundo contemporáneo por el equilibrio ecológico. En efecto, a través del pan y del vino, materia que Jesucristo ha elegido para cada Santa Misa, la celebración eucarística entra en relación con la realidad del mundo creado y confiado al dominio del hombre (cf. *Gn 1,28*), en el respeto de las leyes que el Creador ha puesto en las obras de sus manos. El pan, que se transforma en Cuerpo de Cristo, sea el fruto de una tierra fértil, pura e incontaminada. El vino, que pasa a ser la Sangre del Señor Jesús, sea el signo de un trabajo de transformación de la creación según las necesidades de los hombres, siempre preocupados por salvaguardar los recursos indispensables para las generaciones futuras. El agua, que unida al vino simboliza la unión de la naturaleza humana con la divina, en el Señor Jesús, conserve sus propiedades saludables para los hombres sedientos de Dios «fuente de agua que brota para vida eterna» (*Jn 4,14*).

#### **Algunos datos estadísticos esenciales**

4. El tema del Sínodo, *La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia*, exige también una mirada sobre algunos datos significativos del mundo, en el cual la Iglesia vive y actúa. Ante la imposibilidad de ofrecer un cuadro completo y exhaustivo, es siempre posible hacer observaciones y consideraciones de índole general.

Algunos datos ponen de manifiesto la relación estadística entre la población en general y los fieles que profesan la fe católica. En este sentido se debe observar que el número de los católicos en el 2003 era igual a 1.086.000.000, con un aumento de 15.000.000 de personas respecto del año anterior, así repartido en los diversos continentes: África + 4,5 %; América +1,2 %; Asia +2,2 %; Oceanía + 1,3 %. Una situación de estabilidad se registra en Europa. La lectura de los datos sobre la distribución de los católicos en las diversas áreas geográficas demuestra que América cuenta con el 49,8 % de los católicos del mundo entero, mientras Europa tiene el 25,8 %, África el 13,2%, Asia el 10,4 % y Oceanía el 0,8 %.<sup>[3]</sup> En lo que se refiere, al número de habitantes, el porcentaje de fieles católicos en cada uno de los continentes es el siguiente: 62,46 % en América, 39,59 % en Europa, 26,39 % en Oceanía, 16,89 % en África y 2,93 % en Asia.<sup>[4]</sup>

Desde el punto de vista de la distribución geográfica de la Iglesia, debe observarse que en el 2003 las circunscripciones eclesíásticas eran 2.893, es decir 10 más respecto al 2002, con un aumento en todos los continentes.[5] Aumentó un 27,68 % el número de los obispos en todo el mundo, pasando de 3.714 en 1978 a 4.742 en 2003, mientras el número total de los sacerdotes en 2003 (405.450: 268.041 diocesanos y 137.409 religiosos) respecto al de 1978 (420.971: 262.485 diocesanos y 158.486 religiosos) ha sufrido una flexión del 3,69 %, debida a una disminución del 13,30 % de los sacerdotes religiosos y a un aumento del 2,12 % de los sacerdotes diocesanos. Además, ha disminuido de un 27,94 % el número de los religiosos profesos no sacerdotes (de 75.802 en 1978 a 54.620 en 2003). Se verifica también una flexión del 21,65 % en el número de las religiosas profesas (de 990.768 en 1978 a 776.269 en 2003).[6]

Dado que la celebración del sacramento de la Eucaristía se relaciona estrechamente con el sacramento del Orden, vale la pena recordar que, en el período 1978-2003, se ha registrado un aumento del número de católicos por sacerdote. Éste, en efecto, ha pasado de 1.797 católicos por sacerdote al comienzo del período a 2.677 al final del mismo. Tal proporción varía de continente a continente. Por ejemplo, mientras en Europa hay 1.386 católicos por sacerdote, en África se cuentan alrededor de 4.723, en América 4.453, en Asia 2.407 y en Oceanía 1.746.[7] Además, debe tenerse presente que en este período los diáconos permanentes constituyen un grupo en fuerte aumento: el número total en todos los continentes se ha más que quintuplicado, con un incremento relativo del 466,7 %. No carece de interés recordar que esta figura religiosa es muy difundida en América (especialmente en el norte del continente) con el 65,7 % de todos los diáconos del mundo, y también en Europa con el 32 %. Igualmente importante es la actividad desarrollada en la evangelización en todo el mundo por los misioneros laicos (172.331) y por los catequistas (2.847.673).[8]

5. El Sínodo tiene lugar en un período caracterizado por fuertes contrastes en la familia humana. La globalización permite una percepción de la unidad del género humano, gracias a los *mass-media* que informan sobre la realidad en todos los ángulos de la tierra. Se trata de un importante aspecto del progreso técnico, que se ha desarrollado en modo excepcional en los últimos decenios. Lamentablemente, la globalización y el progreso técnico no han favorecido la paz y una mayor justicia entre las naciones ricas y las pobres del 31 y 41 mundo. Todo hace pensar que, lastimosamente, mientras los padres sinodales estarán reunidos, en varias partes del mundo continuarán los actos de violencia, el terrorismo y las guerras. Al mismo tiempo hermanos y hermanas serán víctimas de enfermedades, como por ejemplo el Sida, que producen desolación en vastos estratos de la población, sobre todo en los países pobres.

Permanecerá, tristemente, el escándalo del hambre, fenómeno que se ha agravado en los últimos años, dado que más de mil millones de hombres viven en la miseria. En este sentido, es necesario prestar atención a algunos fenómenos referidos a la situación social, en particular el hambre, que no pueden ser descuidados cuando se piensa en la relación entre la Iglesia y el mundo en términos de evangelización. En efecto, la Iglesia desde siempre ha acompañado el anuncio del Evangelio y la transmisión de la salvación a través de los sacramentos con las obras de la promoción humana, en tantos campos de la vida social, como la salud, la asistencia humanitaria y la educación. Por ello, no debe olvidarse, entre otras cosas, que en el período 1999-2001, hubo 842 millones de personas desnutridas en todo el mundo y 798 millones de ellas vivían en países en vía de desarrollo, especialmente en África Sub-Sahariana, en Asia y en el Pacífico.[9] Esta dramática realidad no puede permanecer ausente en la reflexión de los padres sinodales, los cuales, con todos los cristianos, varias veces al día suplican al Señor: «danos hoy nuestro pan cotidiano».

## **Eucaristía en diferentes contextos de la Iglesia**

6. De las respuestas a los *Lineamenta* se deduce que la frecuencia a la Santa Misa en el domingo es más bien alta en diversas Iglesias particulares de naciones africanas y en algunas asiáticas. Se verifica, en cambio, el fenómeno contrario en la mayor parte de los países europeos y americanos y en algunos de Oceanía, llegando a extremos negativos del 5%. Los fieles que descuidan el precepto dominical, en la mayor parte de los casos, no dan particular importancia a la participación en la Misa. En el fondo, ellos no saben en qué consiste el Sacrificio y el banquete eucarístico, que reúne a los fieles entorno al altar del Señor.

La Misa pre-festiva permite a muchos cumplir el precepto, aún cuando en algunos casos se aprovecha de la ocasión para desarrollar actividades laborales durante el domingo. En muchos lugares la Misa durante los días feriales es frecuentada por pocas personas, que asisten a la misma, algunas en modo habitual, otras ocasionalmente y otras a causa de compromisos en la vida eclesial.

Debería ser promovida una catequesis más continua e intensa en relación a la importancia y a la obligación de participar en la Santa Misa del domingo y de los días de precepto. A veces se desvaloriza la importancia del precepto sosteniendo que es suficiente cumplirlo cuando el estado de ánimo lo sugiere.

7. Entre las Iglesias particulares se pueden detectar algunos fenómenos principales. Se asiste a un declino de la práctica de la fe, de la participación en la Misa, principalmente entre los jóvenes. Esto debe hacer reflexionar acerca de cuánto tiempo se dedica de parte de los Pastores y catequistas a la educación en la fe de los jóvenes y niños y cuánto tiempo, en cambio, se destina a otras actividades, como las de carácter social.

Se percibe un debilitamiento del sentido del misterio en las sociedades secularizadas. Ello puede atribuirse, entre otras cosas, a interpretaciones y acciones que deforman el sentido de la reforma litúrgica del Concilio y que terminan en ritos banales y pobres de sentido espiritual. En otras partes las comunidades cristianas han conservado un profundo sentido del misterio, de modo que la liturgia mantiene en ellas un intenso significado.

Se manifiesta satisfacción por una liturgia inculturada que permite una mayor participación activa. Esto conduce a un aumento de la participación en la Misa. Muchos jóvenes y adultos participan así en la vida y en la misión de la Iglesia. Si a causa de la escasez de clero se celebra la Misa en las áreas rurales solo algunas veces al mes o incluso al año, es inevitable que el servicio dominical sea confiado a los laicos.

8. Debe aclararse que el acceso al misterio depende de una celebración de la liturgia hecha con dignidad, así como también de una preparación adecuada, pero sobre todo depende de la *fe* en el misterio en sí mismo. A este respecto, es de gran ayuda la encíclica *Redemptoris missio*, que ha puesto en evidencia los dos aspectos de la falta de fe que están incidiendo negativamente en el impulso misionero: la secularización de la salvación y el relativismo religioso. La primera lleva a comprometerse en favor del hombre, pero se trata de un hombre reducido unilateralmente a la dimensión horizontal.<sup>[10]</sup> A veces parecería que algunos vinculan la vocación de ministro de los misterios de Dios a la de organizador de la justicia social. El segundo aspecto lleva a abolir la verdad del cristianismo, pues se retiene que una religión vale cuanto otra.<sup>[11]</sup> Lejos de dejarnos llevar por el pesimismo, el Papa Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Novo Millennio ineunte* exhorta a reforzar la actividad misionera de la Iglesia.<sup>[12]</sup>

El tema del Sínodo se puede desarrollar correctamente teniendo en cuenta este contexto, sin olvidar que para los Apóstoles y para los Padres —basta pensar en S. Justino<sup>[13]</sup>— la Eucaristía es la acción más santa de la Iglesia, la cual cree firmemente que en Ella se encuentra verdaderamente presente el Señor Jesús Resucitado. Esta presencia constituye el fundamento del sacramento.

Este mismo evento, que nace de la transformación de las especies del pan y del vino, hace que la Iglesia se acerque siempre con temor y temblor, pero al mismo tiempo con confianza, al misterio que constituye la esencia de la liturgia. Hoy es necesario reafirmar el respeto hacia el misterio de la Eucaristía y la conciencia de su intangibilidad. Por esta razón, es necesario también llevar adelante un programa articulado de formación. Pero mucho dependerá de la existencia de ambientes ejemplares, en los cuales la Eucaristía sea verdaderamente aceptada con fe y celebrada correctamente, lugares en los cuales pueda vivirse personalmente lo que la Eucaristía es: la única respuesta verdadera a la búsqueda del sentido de la vida, que caracteriza al hombre de todas las latitudes.

### **Eucaristía y sentido cristiano de la vida**

9. El ser humano se interroga sobre el sentido de la vida: ¿qué será de mi vida? ¿qué es la libertad? ¿porqué existen el sufrimiento y la muerte? ¿existe algo más allá de la muerte? En una palabra: la vida del hombre, ¿tiene o no un sentido?<sup>[14]</sup> La pregunta subsiste, no obstante el hombre se ilusione, pensando que ha alcanzado la autosuficiencia, o bien caiga prisionero del miedo y de la inseguridad. La religión es la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida, porque conduce al hombre a la verdad acerca de sí mismo en relación con el Dios verdadero.

La Eucaristía, que «revela el sentido cristiano de la vida»,<sup>[15]</sup> responde a esa pregunta anunciando la resurrección y la presencia verdadera, plena y duradera del Señor, como prenda de la gloria futura. Esto supone que el hombre establezca su relación con Dios como la base de todo, porque tal relación es fuente de libertad que lo habilita a entrar en lo más profundo de su ser para entregarse gratuitamente. Esto se

realiza en el misterio pascual, en el cual la verdad y el amor se encuentran mostrándose como las características de la verdadera religión. Así, la Eucaristía manifiesta la verdad de la Palabra de Dios: *nihil hoc verbo veritatis verius*, como canta el himno *Adoro Te devote*.

El sentido de la Eucaristía es integralmente explicado por las palabras de Jesús: «Haced esto en recuerdo mío» (Lc 22,19). Esta expresión anuncia en primer lugar, que Jesucristo ha introducido la eternidad en el tiempo, dando a éste una orientación definitiva y eliminando su poder de aniquilamiento. En segundo lugar, a través de esas palabras se pone en evidencia que en Jesús se encuentran la libertad de Dios y la del hombre, dando origen a la comunión que permite vencer al Maligno. Finalmente, estas palabras significan que Jesucristo es fuente inagotable de renovación del hombre y del mundo, no obstante los límites y el pecado de los hombres.

10. Las respuestas a los *Lineamenta* denuncian un cierto alejamiento de la vida pastoral respecto a la Eucaristía; por lo tanto se espera que el Sínodo estimule y refuerce la relación entre la vida y la misión. La Eucaristía es la respuesta a los signos de los tiempos de la cultura contemporánea. A la cultura de la muerte, la Eucaristía responde con la cultura de la vida. Contra el egoísmo individual y social la Eucaristía afirma la entrega total. Al odio y al terrorismo, la Eucaristía contrapone el amor. Ante el positivismo científico, la Eucaristía proclama el misterio. Oponiéndose a la desesperación, la Eucaristía enseña la esperanza cierta en la eternidad beata.

La Eucaristía indica que la Iglesia y el porvenir del género humano está vinculados a Jesucristo, la única roca que verdaderamente permanece para siempre, y no a cualquier otra realidad. Por ello, la victoria de Cristo es el pueblo cristiano que cree, celebra y vive el misterio eucarístico.